



ESPIRAL

Dana Hart

# - 1 -

Han narrado la historia humana, desde la óptica de muchos hombres, algunas mujeres, pocas disidencias y algún que otro animal. Pero apenas puedo creer que no me hayan dado el espacio de narrar, considerando la importancia de mi papel, desde el inicio de todos los tiempos.

Al principio, se puso de pie. Comenzó a repararse los fémures quebrados y a tragar todo lo que se podía masticar 5.000.000 años antes de la marca que establece el supuesto nacimiento de Cristo.

Nadjela fue la vanguardia del bipedismo. Ella fue la verdadera inauguración del homínido. Estaba casada con todos los hermanos y hermanas de su misma generación, que habían nacido con no más de cinco años de diferencia. Y tenía todos los hijos e hijas de la misma generación, que habían nacido con veinticinco años de diferencia.

Una generación cuidaba de la otra. Una generación educaba a la siguiente en las cuestiones más básicas de la supervivencia. Se enseñaban cómo cazar. Qué recolectar. Cuáles eran los frutos venenosos y dónde estaban.

El rol de Nadjela era cazar por la tarde y recolectar por la mañana, como casi toda su generación, con independencia de los géneros, que variaban en por lo menos cuatro, imposibles de clasificar por sus fluctuaciones, especificidades y diferencias. Por la tarde cazaban, y por la mañana recolectaban.

Sin rezarle a ningún Dios, examinaban las frutas y su estado, el recorrido del sol en el cielo y cuantificaban el sol, como Nadjela, que sabía predecir el ocaso, con una precisión asombrosa.

Las palabras se transformaron en una necesidad para comunicarse y nacieron al ritmo del intercambio, la comida y la vida en comunidad. Ningún animal era considerado la propiedad de nadie. Ni la tierra, ni las personas circundantes.

Nadjela odiaba la oscuridad, porque sabía que en la noche, se escondían las bestias. Se había hecho íntima y cercana con su hermana Johari y se compartían secretos, usando palabras inventadas. Los primeros modismos, las primeras jergas. Las primeras risas tentadas de todo aquello que existe.

Se sentaban a las orillas de lo que más tarde se conoció como el Lago Turcana y pasaban horas evadiendo las tareas, muertas de la risa. No escuchaban los gritos de sus otras hermanas llamándolas.

La primera vez que se puso de pie, Nadjela fue a estirar su mano para tomar un fruto, que era una manzana roja. Se la llevó a la boca y al sentir su jugo, supo que no podía volver a arrodillarse. Se quedó de pie. E hizo que todo el resto de la tribu, quisiera también pararse. Hay muchas posibilidades en el mundo de las alturas. Muchos frutos que poder recoger con las manos.

Habían estado contando una leyenda, que decía que quien se parara sobre sus dos patas, sufriría la ira de lo terrorífico, algo muy siniestro que se escondía entre las

hierbas. Pero nada le sucedió a Nadjela. Así que nadie volvió a tenerle miedo a lo siniestro. Se pusieron de pie y se comieron las manzanas.

Pescar también se volvió una actividad muy popular, carente de cualquier contenido o división de género. Era más bien, una actividad ceremonial, un momento en el que se dedicaban a obtener, mediante el silencio y la concentración, los preciados peces de río. Nadjela no era muy buena pescando, pero sí cazando. Odiaba recolectar. Le parecía la actividad más aburrida del mundo y prefería, usar su lanza como una flecha.

Muchos ataques de risa de Nadjela con Johari, enfurecían a su generación, cuando intentaban guardar la calma y el silencio. Pero a ellas no les importaba la opinión ajena. Habían empezado a innovar también en el vestuario, usando todo tipo de ramas, flores y hojas de tallos largos para adornar sus cuerpos. Sin duda, sus blusas de brotes verdes, fueron el último grito de la moda en los inicios del Paleolítico.

Una vez que llegó la glaciación, sin previo aviso, se hacían todo tipo de chaquetas y pantalones con las pieles de los animales que cazaban.

Dormir era un poco complicado, por lo duro del suelo. Tarde se les ocurrió armar una especie de camilla con hojas y pastos, al interior de las cuevas naturales forjadas por las rojas. Pero aparecían arañas del tamaño de una cabeza humana y todo tipo de mosquitos, picantes y monstruosos. Lo mejor era quedarse en vigilia toda la noche, pero entonces alguien tenía que estar cuidando y así comenzaban muchas peleas.

Cuando le tocaba el turno a Nadjela, mataba el tiempo dibujando mamuts en la pared de la cueva, usando sus nuevos pulgares oponibles para frotar con pigmentos la piedra. Muchas veces debían migrar, pasando de una cueva a la otra, así que Nadjela iba dejando sus obras, por los distintos hospedajes. Gustaba también de pulir piedras, hasta dejarlas afiladas como puñales, o tallar figuras humanas con curvas voluminosas.

Una vez Nadjela le pidió a Johari que posara, y talló su cuerpo escultural en una roca, demorándose por lo menos seis o siete horas, entumiendo las piernas de Johari por el frío. Pero el resultado fue sorprendente. Una venus majestuosa que logró preservarse por los siglos de los siglos.

Había que tener cuidado de no cortarse, con las propias puntas afiladas. Y de no congelarse, con el hielo invadiendo los pulmones. No era fácil sobrevivir. Menos que menos perdurar. En sus pensamientos no había grandes ideas filosóficas, ni preguntas de envergadura, aunque en ocasiones miraban al cielo, y fabulaban sobre las estrellas.

Como las palabras eran pocas, a veces empleaban un solo concepto para referirse a varias cosas, como “*pole*” que significa “poco”, pero también “mucho”. A veces alto, a veces bajo. A veces era la canción que alguien cantaba. O “*maji*”, que a veces significaba agua, pero a veces significaba sed, y otras veces el calor. O la sed que da el calor. Lo duro, también, en ocasiones

significaba lo mismo que lo blanco, en cuanto a términos. Lo largo de lo corto. Lo lejano a lo cercano.

Y eso es porque esas contradicciones que parecen con el transcurso de los siglos, tan necesarias de diferenciar, en aquella época, solo se entendían como una unidad dialéctica, que no se había dividido todavía.



## - 2 -

De tanto tallar la piedra, Nadjela cambió la era. Le abrió paso al surgimiento del singular Australopithecus, hace 3.9 millones de años. Tras él, el homo hábilis con 2.5 millones. El homo erectus con 1.7 millones. El neandertal con 200.000 y el homo sapiens de 150.000. Diferentes focos de civilización y cultura, expandiéndose por distintos puntos geográficos de la tierra, cruzando por puentes de hielo, saltando el horizonte.

Java nació a orillas del río Solo y no tuvo oportunidad de surgir. Apenas podía hablar debido a los enormes traumas que había vivido. Todos sus conocidos habían sido despedazados por una manada de rinocerontes mientras cazaban en el bosque.

Se había quedado totalmente solo en su cueva, viviendo de las entrañas del último bisonte que colgaba entre las cavidades. No tenía muchas posibilidades. ¿Qué chances tiene de sobrevivir un ser humano,

totalmente solo, acercándose lentamente hacia el Neolítico? Ninguna. Solo morir. Era la única posibilidad. El único destino. Cuando miraba las estrellas, no podía siquiera fabular, debido al terror que la oscuridad le ocasionaba. No le quedó más remedio que evolucionar, aumentando su capacidad craneana. Ideó un método hipersofisticado, que fue mejorando en etapas, una, dos, tres, cuatro, durante los sucesivos años, en los que dominó el fuego para sí. Como un artesano. Igual que un mago, cuyos hábitos son manejar el as de la naturaleza. Frotó rocas. Frotó palos. Frotó ramas.

Al principio no obtuvo ningún resultado. Pero en cuanto observó a un rayo golpear un árbol y prenderlo en mil chispas, Java supo que la madera seca era el gran secreto. Frotó, mezcló, combinó, hasta que logró encender las ramas secas.

Más tarde, otros nómades llegaron a visitar su cueva y aprendieron de él aquella curiosa habilidad. No tardaron en descubrir que cualquier animal huía del espanto al mostrarle una condenada rama prendida.

Convirtiéndose así el fuego en el arma secreta de todo ser humano.

Java tuvo muchos problemas de adaptación, puesto que no confiaba en nadie. Requirió una gran cantidad de tiempo y pruebas para poder afianzar nuevas relaciones. Hubo una vez, en la que fue al bosque a cazar bajo la oscuridad con Utsu y Stet y les tendió una trampa para ver cómo reaccionaban. Colocó ramas y arbustos colgando sobre unas maderas, de tal manera que simularan ser una criatura horrorosa de la noche. En cuanto percibieron el movimiento, Utsu y Stet salieron corriendo a toda prisa, olvidando por completo la existencia de Java, quien se quedó allí, tieso, observando la vergonzosa huida.

Hablaba poco, pero medía mucho. Su inteligencia estaba empezando a dominarlo. Pensaba ideas que no se le habían ocurrido nunca a nadie antes. Pero seguía sintiéndose solo, pese a haber otras personas alrededor. Las fogatas ya empezaban a aglutinar gente, que poco a poco compartía, que iba metiendo trozos de

carne al fuego y probando su sabor. Las palabras crecían a su alrededor, pero Java, no entendía las nuevas modas del lenguaje moderno y solo pensaba en sus recuerdos, se retrotraía. Por las noches, no tenía el miedo instintivo a morir debido a lo encendido del fuego, pero temía a las pesadillas que se le presentaban en sus sueños. Una y otra vez, su gente amada y conocida, era devorada. Retazos de dolor. Sentía los gritos en su cabeza. Los traumas primitivos. La poca durabilidad de la vida. El terror prematuro.

Java encontró la paz, tarde, cuando le quedaban apenas unos cinco o seis años de vida. Tenía veintiséis años y pocas amistades. Poseía unos ojos enormes, que se habían desarrollado durante tantas noches de oscuridad, forzándose a ver para poder salvarse la vida. Su nariz también era enorme, al igual que su cabeza, su frente y su mandíbula. Todo él era ancho y grueso, con un metro, setenta, y una gran fuerza en cada uno de sus músculos.

Usaba el pelo largo en la cabeza y la cara, que lo hacía ver siempre descuidado, y siempre un poco sucio. Llevaba puesta la piel del último bisonte que cazó junto a sus seres queridos y se había hecho para los pies, para escapar de la nieve fría, unas botas de cuero del mismo animal.

En el pecho le colaba, sujetado por hilos, un hueso de oso, al que le había hecho tres agujeros, para tocar como una flauta. Para no tener que hablar, muchas veces en las fogatas, Java tocaba su hueso, emitiendo un sonido delgado, agudo, que servía de paso para ahuyentar a los animales hambrientos a los que no espantaba el fuego.

Más de un perro prehistórico se le quedaba mirando, esperando que el sonido de aquel hueso, se convirtiera en su merienda. Había empezado a componer ciertas canciones, alternando sus sonidos, repitiéndolos en un ritmo, que hacía al resto mover las piernas.

Pasaba una gran cantidad de horas del día, recolectando todo tipo de frutos que guardaba para llevar.

Cuando Stet enfermó gravemente, de un mal al que nunca supieron ponerle nombre, fue Java quien lo cuidó cariñosamente, protegiéndolo con pieles y trayéndole a la boca el agua con manzanilla. Estuvo a su lado hasta que se recuperó y pudo volver a correr y saltar. Hasta que lo vio de nuevo, escapar miedoso, de alguna amenaza.

Al final, terminó entrenando al resto para proceder a huir sin ninguna elegancia, tan rápido como fuera posible y en cualquier circunstancia. Nunca supieron eso si, que era él quien les hacía las trampas. Siempre pensaron que en el bosque se escondían criaturas extrañas.

Otras veces también, Java tuvo que cuidar a Nandy, otro de los nómades llegados, que había perdido un brazo, una pierna, tenía múltiples fracturas y se había quedado totalmente ciego. Pero a Nandy lo cuidó la comunidad entera, turnándose para nunca dejarle solo.

Hasta el día en el que murió, y también la comunidad se ocupó de hacerle un entierro, cuidando su lugar de descanso y ofreciendo sus correspondientes respetos.

Java también tuvo su funeral cuando murió. Le lloraron y recordaron encendiendo sobre su tumba, una hoguera.

## - 3 -

Alrededor de los 8 mil años antes del supuesto nacimiento de Cristo, marcada tantas veces como fecha determinante y fundamental, Huilén recibía una encomienda desde el centro de Abya Yala, en la zona más austral del continente. Tardó varios días en llegar y pasó por una decena de manos, confiables afortunadamente, hasta poder llegar hasta ella.

Venía envuelta en sucesivas capas, pero al abrirla al final, Huilén pudo ver la yuca, cubierta por su cáscara del marrón de la tierra, completamente dura y sin deteriorar. Sabía que si la preparaba obtendría un alimento delicioso para compartir. Pero no quería obtener alimento. La secó, deshidratándola, como si fuera una papa, y la guardó bajo la tierra durante siglos.

La siguiente generación caminó sobre ella, y la siguiente, y la siguiente también. Se desarrollaron brillantemente en el sur austral, una gran variedad de pueblos, como los chongos y chonos, atacameños,



diaguitas, mapuche y selknam, en el marco de lo que hacia el año 1.500 se conoció como la cultura chavín.

Huilén se encargaba de orientar a un grupo de sesenta choiques, a las que cuidaba con gran dedicación. Habían hecho para ellos, un cerco con palos y ramas, evitando la entrada feroz de depredadores. Y su tarea consistía principalmente en alimentarlos y darles de beber. Pero era tanto tiempo el que pasaba en su compañía, que al final, Huilén terminaba hablando con los choiques, leyendo sus expresiones entre orejas y rabo. Les gustaba que les acariciaran en la papada, suavemente, y en la zona de la mandíbula, justo hasta debajo de las orejas. Movían la cola como mascotas. Y daban saltitos al verla. Le puso Pengka a un choique pequeño, con el que más se encariñó, por robarse sus zapallos.

Algunas veces se iba a caminar, llevándose solo a Pengka como su compañero. Le gustaba hablar con él y hablar con el río, y hablar con la tierra. Se hacía una mata con las ramas que iba cortando por sus diferentes

propiedades. Evitaba andar envuelta en tareas, pero hacía su trabajo. Se tomaba su tiempo para conectarse con todo lo que la rodeaba. Tocaba las hojas secas, las flores, sentía el agua. Daba vueltas y conocía bien los caminos, no se perdía, identificaba puntos simbólicos en los árboles, en las formas del río.

Huilén le fue poniendo nombre a las cosas. Conceptos complejos que se mezclaban entre sílabas que después transmitía. Pensamientos. Ideas. Todo fluía en su cabeza, como el río. Hablaba con la naturaleza, hablaba consigo misma y hablaba con sus pares, gente más joven o gente más vieja, conocida o por conocer. Ella explicaba, compartía, desarrollaba nociones, preguntas. Se preguntaba todo. Preguntaba de todo y obligaba a responder.

Una vez le preguntó al hombre más antiguo que conocía, cómo fue que se formaron sus manos, y el hombre después de varias ideas, terminó escuchando como ella explicaba la formación del mundo y sus elementos. Hablaba del tiempo, como algo que no es

lineal, que no avanza hacia adelante como una flecha, no evolutivo y ascendente, sino que vuelve, se desenvuelve y se enrosca. El tiempo como un ir y venir, saltos, similitudes y contradicciones adyacentes.

Pese a que su edad no superaba los veinte o veintiún años, Huilén poseía un gran nivel de sabiduría. Había absorbido del mundo, todo lo que éste hubiera podido darle. Y le había añadido el aporte propio, desarrollando sus propias teorías. Era respetada. Respetada y querida. Escuchada. Escuchada y valorada. No solo sus ovejas la seguían, también sus ideas eran tomadas en cuenta por sus iguales.

Aunque no en todo momento. También generaba cierta exasperación en aquellos que se sofocan de ver un espíritu libre, en cualquier época que fuese. Trataron de comerse a su pequeño choique una vez. Lo corrieron cerro abajo por un largo rato, pero no lo pudieron pillar entre los matorrales pinchudos. Cuando se enteró Huilén, hizo un escándalo y enfrentó a los culpables, con dos o tres cachetazos los ubicó en seguida.

Pero más adelante no pudo hacer nada para salvar a Pengka, cuando se cayó por el estero y se lo llevó el río. Lo corrió y lo corrió, tratando de atraparlo, pero el choique, por pequeño, no pudo defenderse contra la corriente. Lo vio marcharse caudaloso. Siempre se quedó pensando que habría que llegado a buen puerto, que tarde o temprano las aguas se habrán detenido para dejarlo en una orilla, compuesto, intacto. Se quedó imaginándolo llegar.

Lloró durante varios días y varias noches, sin miedo a expresar la emoción de sus lágrimas. Las dejó derramarse. Quienes la consolaban, lamentaban mucho su pérdida. La creían de una gran sensibilidad. Después, continuó dedicándose a sus tareas. Alimentar y dar de beber a sus choiques, y le resultó más difícil encariñarse a gran nivel. Los acariciaba y les hablaba tiernamente, pero no volvió a sentir por ellos, nada ni remotamente parecido al sentimiento que Pengka le había originado.

En algún momento creyó, inclusive, que ninguna otra persona o animal, podría generarle un sentimiento de tanto apego. ¿Será que el ser humano es capaz de encariñarse tanto con un animal, como si fuera un hijo, una hija o un hermano? Fuera cual fuera la respuesta a esa pregunta, Huilén continuó con sus labores. Pues los quehaceres, los trabajos, se habían ido convirtiendo en el centro de toda transformación. Los trabajos definían los lugares y las ocupaciones, le daban valor a cada individuo y por sobre todas las cosas, le diferenciaban del mundo animal.

Huilén se concentraba en su trabajo, como si fuese la cosa más importante del mundo, pero sin dejar nunca de lado el tiempo para el ocio, y la natural necesidad de descansar. Se daba a su vez, espacios para frenar, para no hacer nada, para escuchar el sonido del viento, el crujido de la tierra, o las gotas cayendo enfurecidas. Y disfrutaba así también del tiempo, no lineal, bajo el cobijo enaltecido de los árboles, jugando con la luz del sol.

## - 4 -

Maat tuvo siete hijos. Todos varones. A cada uno alimentó con la leche de sus senos y bañó con las aguas del Mediterráneo. Usaba el delta como su guarida, moviéndose como si lo conociera todo, lo entendiera todo, lo dominara todo.

Apis. Edfu. Horus. Luxor. Qeb. Tarek. Y Xerxes.

Apis era el mayor, con doce años, destacando por su fortaleza y buena disposición. Qeb era el más laborioso, con apenas ocho, pasaba sus días cosechando la tierra. Tarek estaba constantemente ansioso, con sus seis años. Y Xerxes, como hermano menor, de tan solo cuatro, era el más disperso de todos.

La tarea de vestirlos, recaía sobre Maat. Que se ocupaba de traer tela de lino y adornos, para tenerlos siempre de punta en blanco. Ningún padre compartía con ella, las tareas. Arriba, los faraones vivían envueltos en riquezas, dueños de todas las tierras, masticando

oro. Abajo, el trabajo esclavo construía las pirámides y los espacios ceremoniales. Y los campesinos laboraban a cambio de espacios para habitar. Ningún hombre volvía a Maat después de ser absorbido por las pirámides y las esfinges. Aquellas, celosas, se tragaban a los amantes, cuando todavía no habían pasado 3.500 años antes del tan evocado nacimiento de Cristo.

Y ella seguía criando sola, a sus hijos, uno tras otro, creciendo sobre la arena del desierto. A uno tras otro, estando recién embarazada, los predijo utilizando cebada, haciendo pis sobre esta planta, siempre crecía.

Les daba cebollas con ajo para el almuerzo y cebollas con ajo para la cena, que preparaba sobre el suelo. A veces, el olor era tan fuerte, que sus bocas espantaban hasta a los mismísimos Dioses recientemente creados. A los siete hijos los peinaba, utilizando diferentes tipos de pinzas y accesorios que les colgaban. Y hasta las cejas les depilaba, para que lucieran limpios, pulcros e impecables.

Ocupaba flores de lirio seca para lavarles los dientes, poniéndolos en una hilera, de mayor a menor, para fregarles hasta las muelas. Y les cortaba las diez uñas de los pies y las uñas de las manos a cada cual, lo que le daba un total de 140 uñas que tenía que cortar al menos una vez cada quince días, debido a su estrepitoso crecimiento motivado por los nutrientes del ajo. Sumando las suyas propias, Maat tenía entonces que cortar 160 uñas cada quince días, lo que le daba un total de 320 uñas mensuales, que en el caso de un calendario de doce meses, equivale a 3.840 uñas por año. Un verdadero tesoro, que por supuesto, en ninguna época histórica ha tenido valor alguno. Lamentablemente para Maat, a quien tanto costaba llenar la olla de cebollas.

Los siete niños solían tener los pies lastimados constantemente, por la costumbre de andar descalzos, caminando sobre la arena caliente. Maat usaba miel y linaza para ayudar a mejorar las lastimaduras y cayos. También les afeitaba la cabeza, a los siete, en la misma



hilera en la que les lavaba los dientes, para que no se llenaran de piojos.

Estaban todos siempre con el cabello al ras, casi inexistente. Y ese era el trabajo más difícil, que Maat tenía que hacer al menos una vez, cada tres días. Sumado a sus propias necesidades depilatorias, para evitar los parásitos vaginales, se puede ir sumando otra enorme cantidad de bello desperdiciado.

Maat tenía la costumbre también de maquillarse a diario, haciéndose máscaras con aceites y aloe, para evitar mosquitos y moscas. Se ponía un perfume en las axilas hecho de hierbas, nueces y canela molida. Todo el entorno apestaba, sin sistemas de alcantarillados ni cloacas, las moscas desataban tornados.

Maat odiaba esos olores. Cuando tenía que ir a lavar la ropa al río Nilo, veía los parásitos nadando y sentía un profundo asco. No encontraba un mejor modo de hacer las cosas. Quería tener la ropa impecable, pero lo que flotaba en el agua, incluyendo fecas humanas, se veía espantoso. La misma agua tenía que usar para bañar a

sus siete niños. Así que era vivir en una contradicción permanente entre la pulcritud y los intentos del medio por embarrarla. Ya nada estaba limpio al final. Mucho menos si un hipopótamo o un cocodrilo aparecía junto a las fecas. Como aquella vez en la que Maat estaba lavando junto a Xerxes y un cocodrilo en miniatura se aproximó hasta él, afortunadamente en son de paz, por lo pequeño. Y Xerxes lo acarició un buen rato sobre las narices, haciendo que el animal entrecerrase los ojos como si lo estuviese disfrutando.

Los gusanos eran un problema. Se aparecían por todas partes, estremeciendo los rincones. Cualquier plato, cualquier sobra, cualquier esquina demasiado quieta, se convertía rápidamente en un hervidero de gusanos que amenazaban la vida misma. Y es que ver a un gusano es señal de que la muerte se aproxima, extinguiéndolo todo. Habían convertido al Nilo en un purgatorio. Excremento. Gusanos. Cocodrilos. Parásitos. Bacterias. Hipopótamos. Todo se mezclaba en una sopa que se bebía y se tomaba. Después volvía

al río otra vez, como un ciclo interminable de pudrición humana. Sin escalas ascendentes.

Y eso no era lo más aterrador. Sin duda, lo que más miedo daba era el Dios del sol, y las esculturas con lenguas de oro o las cabezas gigantes de carneros, también las amenazas de momificación, el asesinato de quienes gobernaban, como la propia Cleopatra y otras tantas menudencias. Estaba lleno de elementos del terror. Maat barajaba todos estos elementos y sobrevivía. Sobrevivía ella y hacía que logran sobrevivir siete niños, creciendo en ritmos desiguales y combinados, sin más fuerzas que las propias.

Su cabeza estaba llena de preguntas, que la propia dinámica atolondrada del tiempo, le obligaba a responder. Tenía un odio anti-faraónico que había comenzado a crecer, echando raíces en sus adentros. Culpaba a las divinidades por todas sus desdichas, miraba al cielo y reprochaba con el puño endurecido, implorando alguna suerte más alegre que una tormenta de arena.

## - 5 -

Ser maestro es una virtud con la que difícilmente se nace. Asclepio nació con ella por excepción. O por regla extendida a toda una época. Gustaba recitar en voz alta, dando vueltas sobre un círculo imaginario en el suelo, en el que su toga bailaba. Hacía varios años que la barba invadía sus elementos. La tenía tan larga y tan llena de canas, que era imposible no ver sus fragmentos entre los utensilios, ropas y rincones. Era fibrosa y bastante enrulada.

Varias veces por semana, venían a verle tres discípulos, completamente acostumbrados al olor de su estudio. Se sentaban junto a él, y le escuchaban recitar con gran fervor, utilizando todo tipo de aditamentos entre sus vocales. Exageradas pronunciaciones, disminuciones repentinas del habla, saltos y gestos con las manos, piernas, dedos y cutis.

Cuando terminaba de recitar, acariciaba suavemente a sus discípulos, y satisfacían los apetitos libres de los

mortales. Descubrían las partes de sus cuerpos, totalmente desarrolladas y en la más madura de las edades, elegían combinar la sabiduría del espíritu, con las necesidades lujuriosas del cuerpo. Las yemas de los dedos exploraban un mundo, que se abría ante ellos.

La escena se repetía, semana tras semana. En la medida en la que los propios discípulos envejecían, Asclepio parecía rejuvenecer. Sus cabellos canos aumentaban, pero las ganas de vivir, el ímpetu y todo lo que tenía para decir, parecía aumentar de tono y volumen.

Jugaba a ser el César, vocalizando contra las paredes verticales. Se dejaba ver, caminando en la plaza pública, con laureles sobre las orejas, orgulloso de ser quien era. No le temía a ser juzgado. No le importaba. Tampoco había comentarios respecto a ningún tema. La historia y la filosofía, eran dos asuntos naturales a tratar entre los sabios. No podían meterse las mujeres. Ni ser ciudadanas de ninguna categoría. Solo los hombres sabios podían participar de todo el asunto de

la democracia. Y también vivir libremente su sexualidad, a la cual por supuesto, tenían por derecho. Pero también ellas merecían ese derecho. Y todo aquel que no fuera un sabio ciudadano.

Pero Asclepio no se cuestionaba ninguna diferencia entre las clases. Vivía obnubilado mirando al cielo, preguntándole a los Dioses por el origen de las cosas, y recitando respuestas inventadas, mitológicas, sobre cómo el Dios de los Mares hundía barcos y el Dios de los Truenos, relampagueaba. Había quienes gozaban y había quienes no podían gozar. Esa era la diferencia. Pero esa es historia antigua, ¿o no?

Hubo una vez, en la que caminando por los costados laterales del Palacio de Cnosos, una mujer en harapos, se arrojó sobre los pies de Asclepio y le pidió ayuda para poder sobrevivir al hambre. El sabio le colocó una moneda de oro entre sus manos sucias, y maldijo a Zeus por la miseria.

Casi hacia el final de su vida, Asclepio tuvo acceso a la escritura y dejó aquel episodio grabado para la historia.

Escribía, una y otra vez aquellas frases largas aprendidas de memoria, y por algún tiempo, tuvo miedo de que las piezas grabadas aquellas, pudieran reemplazar a su propia inteligencia. Pero eso, casi nunca pasa.

Tomaba nota también, de cada asamblea en la que participaba, ya que gustaba de analizar después, las diferentes opiniones y posiciones políticas que eran allí expresadas. Anotaba entre medio por supuesto su propia posición, llenándola de agregados extra después, en pequeñas letras grabadas a mano.

Los resultados de los juegos olímpicos, también los anotaba, para tener puntos de comparación, mejorías o empeoras.

De tanto escribir, armó un archivo de observaciones, datos y hechos, que pronto comenzó a ser revisada por otros de los célebres ciudadanos. Consultaban con él todo tipo de resultados y dichos como evidencias.

Si había una guerra, que por cierto había muchas, Asclepio anotaba las maniobras militares, victorias y derrotas, produciendo un material muy útil para conocer por ejemplo, los estados del terreno y sus virtudes.

Se podría decir que fue el primer archivador. O el primer bibliotecario. O el primer registrador no oficial. En una ocasión, el propio Pericles, conocido como el primer ciudadano de Atenas, acudió a él, para revisar los registros del proceso de construcción de la enorme estatua de oro destinada a Atenea, y utilizar esos registros para poder acusar a su socio Fidias, de haberse quedado con ese oro. “¡Él se lo robó!”, le repetía Pericles a Asclepio enardecido.

Pero nunca consiguieron probar nada, porque los registros solo indicaban el número de esclavos utilizados como mano de obra, sin derecho a ningún tipo de beneficio, ni salario alguno conocido, muriendo a cortas edades y sufriendo toda la vida. Asclepio solo anotó estos no-detalles, con una lista de los nombres de cada uno de ellos. Para nada le sirvió a Pericles dicha



información. Aunque la usó más tarde, no en vano, en un discurso en el que agradeció al pueblo, por su enorme entrega y valentía.

Donde más uso tuvieron esos archivos, ente los 300 y 700 años antes de Cristo que duró la Antigüedad Clásica, fue cuando uno de sus discípulos lo acusó de haberle robado una idea. Más precisamente, una frase. La frase en disputa decía: “*Soy un fenómeno objetivo*”. Y su discípulo Darío, insistía en hacerlo admitir que dicha frase era suya y nada más que suya. Pero Asclepio juraba que él había dicho esa frase primero y que lo tenía perfectamente registrado

Ambos pelearon por largo rato, haciendo uso de sus galantes palabras y llamativas conjugaciones, hasta que Asclepio encontró entre sus archivos, el momento exacto en el cual escribió: “*Soy un fenómeno objetivo*”, correspondiente a un punto muy anterior a conocer a Darío.

Disputas más, disputas menos, la vida de Asclepio transcurrió sin maneras aburridas, repleto de

conocimientos que esparció como semillas, envueltas en el paquete de regalo que significó su escritura. Después de él, pocos sabios fueron tan sabios y pocos registros tan bastos y glamorosos. Pericles nunca pudo recuperar el oro perdido. Pero Asclepio conservó para siempre su reputación.

## - 6 -

El año cero no comenzó solo. Su verdadera artífice fue una partera. Yamila. Tenía tan solo veinte años y ya había sacado del vientre materno a más de cien bebés en Belén. Sus manos eran tan suaves, que hacía la mejor tarta de manzana. Es bien sabido que la manzana no se da entre cualquier mano. Tiene que encontrar ciertas condiciones para convertirse en una tarta de excelente. Como si la manzana captara hasta la calidad moral de quien la manipula.

Se encargaba de cuidar a su padre, anciano y enfermo. Y al padre de su padre, más anciano y más enfermo todavía. Pasaba de dar vida, literalmente, a meterse bajo un techo en el cual le servía a la muerte en espera. Su madre y su abuela, murieron aquejadas de exactamente el mismo mal, a la exacta misma edad: Sus maridos. Dos hombres viciados y grotescos, buenos para nada, que odiaban el trabajo y preferían

pasar su tiempo bebiendo vino. Cantidades indecorosas de vino tinto, que tragaban sin embudo y al seco.

Yamila les lavaba las camisas encurtidas en vómito y los acostaba como si fueran dos bebés enormes, cada uno en su respectiva cama. Todos los días entendía, por qué su madre y su abuela, se habían marchado de esta vida. Y temía, que al cumplir exactamente aquella fatídica edad, ella pudiera morir también por mandato.

Constantemente le hacían pedidos despóticos, todo tipo de imposibles que jamás agradecían. Comidas preparadas que miraban con asco. Ropa limpia que se ponían a desgano y entre quejas. Solicitudes de mercaderías que había que ir a buscar a mucha distancia y eran completamente innecesarias. Yamila vivía agobiada. No tenía hijos, pero de alguna manera sí los tenía. Hijos no elegidos. Hijos no decididos. Tan obligados como el hijo de María.

Creía en Dios, al que llamaba el “Eterno” y lo adoraba con un altar, que había construido en su propio cuarto con velas. Su pasión se asemejaba a lo enfermo,

cuando en noches de santos, se daba a si misma latigazos en silencio, evitando que su padre y su abuela la escucharan. Se castigaba. Era una fanática como todos los demás, era como una especie de enfermedad contagiosa, que se extendía epidémicamente.

De los partos que atendió, vio morir a muchos bebés, envueltos en cordones umbilicales o morados por no poder salir a buen tiempo. También vio morir a muchas madres, por causas que nadie reconocía. Pasaban unos días, y se quedaban huérfanos muchos bebitos. Pese a todos los esfuerzos que Yamila hacía por lograr el mejor alumbramiento posible. Era una época difícil para la supervivencia. Quien no moría a la hora del alumbramiento, moría por mandato de Poncio Pilato.

Algunas parteras ponían a las mamás de pie, otras acostadas, mirando al suelo, y la mayoría, boca arriba, con las dos piernas separadas y abiertas.

De los bebés que nacían y crecían y lograban perdurar en un medio un tanto hostil, llegó a re-encontrarse con algunos, años más tarde.

Se conmovió mucho de encontrarse especialmente a uno, que se había convertido en un hombre adulto, de cabellos largos y barbas marrones, de oficio adquirido carpintero, también conocido en algunos círculos posteriores, como el mismísimo forjador del cero.

Interesante fue para ella hablarle, sentir su voz gruesa, tan diferente a los primeros llantos de una cara morada miniatura de ojos cerrados. Le preguntó para qué traía un palo, pero él no supo qué responderle. Minutos más tarde se despidieron y no se volvieron a ver. Ella supo que él sufrió después, una muerte muy dolorosa.

Al parecer, algo en el humano, que está en discusión si es inherente o no, tiende a generar grupos que defenestran a uno de sus miembros en forma más o menos arbitraria. Seguidores que después se comen crudos a sus seres admirados. Cuervos que arrancan ojos y juegan a los deportes inventados nuevos.

Yamila nunca sintió el peso del grupo humano sobre sus espaldas. Solo el de dos de sus individuos. Su padre y el padre de su padre. De vez en cuando se le aparecían

en la cabeza sus rostros, aun cuando no los tenía enfrente, y los pedidos, la montaña de pedidos envueltas en sonrisas condescendientes que fingían dulzura, para pedir, pedir, y pedir más, hasta secarla.

En el mercado ya la conocían y la veían venir los puestos de verdura y fruta, estratégicamente colocados bajo toldos. Canastas repletas con todos los colores y sabores le daban la bienvenida. Y la voz majestuosa de las vendedoras y vendedores que ya la llamaban por su nombre.

Bien sabían que ella venía a comprar encargos para su padre y su abuelo, y le hacían algunas rebajas, porque bien sabían también que ella pagaba todas las cuentas. El pan no podía faltar nunca en la mesa. Cuando volvía a la casa, extendía un mantel blanco y después colocaba encima todo lo que había traído. En unos pocos minutos no quedaba nada. Se lo llevaban o devoraban igual que pirañas, haciendo que Yamila dijera cosas como: “*Los hombres te comen la cabeza*”.

A veces escondía en las vasijas, algunas sardinas que se comía luego, a escondidas, dejando rastros de olor por todas partes, que su padre y su abuelo fingían no captar. Le gustaba que se pasaran un poco, para que quedaran más impregnadas del gusto de la sal con las que las cosía. Vivía a manzanas y a sardinas, dos variedades que por lo menos intentaba no mezclar.

Hasta altas horas de la noche le pedían favores. Un vaso de agua. Una jarra de vino. U otras tantas cantidades infinitas de cosas, que con lluvia o sin ella, Yamila tenía que hacer. Se podría decir en algún sentido, que estaba impedida de desarrollar una vida propia. Alguna otra pasión fuera de Dios. Como por ejemplo, el gusto por los instrumentos musicales, la pintura, dedicarse a alguna actividad cautivante. Nada. Solo podía concentrarse en sacar bebés para el mundo y cuidar a sus dos caballeros. Castigarse. Y armar tartas de manzana.



## - 7 -

Las cosas siguieron turbias hasta que los turcos otomanos se tomaron Constantinopla en 1.453, en lo que popularmente se conoció como la edad media. Se ha discutido mucho si fue una etapa terrible o no. Hay quienes dicen que se crearon las primeras Universidades, entonces no fue tan “oscuro” como lo caracterizan. Y hay quienes dicen que si, que fue el imperio del terror. Supongo que depende de la mirada con que se lo mire, como todo.

Para Elvira la edad media, en la que por supuesto no sabía que se encontraba, fue una verdadera pesadilla. Vivía en una casa de madera en el medio del bosque, cuestión que a los campesinos les parecía extremadamente sospechosa. Pero le gustaba la soledad. Allí solamente la visitaba Inés, a quien amaba con una intensa profundidad.

Cuando Inés iba a visitarla, calentaban agua y tomaban infusiones de hierbas, que iban variando, según los días

y según las necesidades. Habían escapado de los señores feudales, para poder tener sus libertades, en el bosque, más allá de las miradas juzgadoras de las gentes. Pero las personas siempre encontraban la manera de espiar sus vidas.

Hacían todo tipo de comentarios y desparramaban rumores. La vez que la niña Marina se perdió entre los rosales, no faltó la voz que culpó a Elvira, de habérsela llevado para cocinarla en la olla. Otras veces, cuando los niños chiquitos no se dormían, sus padres les decían que iba a venir Elvira a buscarlos por la noche, para llevárselos al bosque y devorarlos.

Una señora que pasaba el tiempo barriendo la entrada de su casa, juraba que había visto a Elvira volando por el cielo, y cuando le preguntaba sobre qué volaba, miraba su propia escoba y decía: “*Sobre una escoba, caballero*”. También decía que se vestía de negro, para pasar desapercibida en las noches. Y que la verruga bajo su barbilla, no podía ser otra cosa que un signo de brujería.

Odiaban ver pasar a Inés, porque sabían bien a dónde iba. Las imaginaban juntas, desnudas, bañándose en aceites de infantes degollados, comiéndose sus tripas, bailando bajo la luz de la luna, masticando pañales.

Cualquier canción, cualquier gesto, cualquier palabra, que saliera de la boca de Elvira o de Inés, era visto como una señal de brujería. Y no eran las únicas. Estaba de moda entre los campesinos, salir a cazar mujeres con arpones e instrumentos para trabajar el campo. Una moda bastante tenebrosa. Era otra forma de ir llenando las arcas de una acumulación, que ya comenzaba a consolidarse por esa vía.

Elvira no podía entender por qué no era aceptada. Nunca había hecho una mala acción. De hecho, al contrario, se preocupaba de sobre manera por su propia reputación. Jamás lastimó a nadie. Ni usó las tripas de nadie para bailar bajo la luz de la luna. Si, tenía un gato negro, y gustaba de preparar infusiones, y amaba a Inés, pero eso no era ningún motivo para que la odiaran de esa manera.

Al mismo tiempo, en otro continente, los pueblos aztecas, mayas e incas, desarrollaban sus propias civilizaciones. Nicté cumplía un papel destacado entre su gente. Se dedicaba a cultivar el maíz, pasando una gran cantidad de horas bajo el sol. A ella se le había ocurrido la genial idea de surcar la tierra, para que el agua pudiera correr libre y meterse por todos los rincones. Era muy destacada por ese papel. Valorada.

Gracias a Nicté, las cosechas salían cada vez mejores y era posible exportarlas más rápidamente para el comercio. Eso la había hecho fundamental también, en la elaboración del nuevo calendario, que marcaba los puntos culmines de la cosecha, el tiempo para plantar y el tiempo para recoger los frutos.

En su tiempo libre, dibujaba glifos explicativos, sobre cómo debía correr el agua, para alcanzar la totalidad de las raíces del maíz. Para ella no era ninguna época “oscura”, ni nada por el estilo. Era una vida feliz. La saludaban cuando la veían pasar. Podía hacer sus glifos al sol y decidir sanamente el curso de los ríos.

Inés y Elvira en cambio, comenzaron a tener serias preocupaciones respecto a su seguridad personal. Razones no faltaban. Una noche, los campesinos se decidieron al ataque. Acordaron reunirse en un feudo cercano, montados a sus caballos, se pusieron unas máscaras blancas en la cabeza, cuestión que repitieron por décadas y décadas, y salieron al galope rumbo a la casa de Elvira.

Desde lejos lo vio llegar. Con sus antorchas encendidas y sus fierros en las manos. No quiso correr. No quiso esconderse. Inés no se había quedado a dormir, así que aquella noche, Elvira estaba sola. Lo primero en lo que pensó fue en ella. En sus manos, su boca, sus ojos a los que tanto amaba. La recordó entera, tal y como era. Después sacó al gato para afuera, y lo vio correr tras una corriente del viento.

Se sentó sobre la cama tendida, y espero. No pasó mucho tiempo hasta que los gritos se acercaron. Unos golpes en la puerta, le anunciaron que la multitud ya estaba llegando. Trataron de derribarla durante un buen

rato. Hasta que finalmente lo lograron. Se metieron por las ventanas, por el frente y hasta por la chimenea. La agarraron de los pelos, cuando la vieron sentadita sobre su cama, tranquila, quieta y callada. Con toda la violencia, la zamarrearón y arrastraron por el suelo, manchando su vestido con tierra. La tomaron de los brazos y piernas, entre cuatro o cinco hombres y la ataron a los pies de un árbol inmenso. Recogieron ramas y todo lo que pudiera servir de leña y la acomodaron a su alrededor.

Después, con la antorcha, prendieron las ramas, y a su vestido, y a su cuerpo que no gritaba, no lloraba, no suplicaba clemencia. La quemaron mientras los miraba fijamente, sin convertirse en bruja, sin reír con carcajadas endemoniadas, y sin llorar, con el fuego creciéndole entre las piernas.

## - 8 -

La verdad es que nadie antes se había preguntado tanto por la forma de la tierra. De pronto pareció convertirse en el problema principal de moda, en una tensión que trascendía todas las esferas. La polémica de los planos versus los redondos, crecían en voces de personas como Copérnico, siendo perseguidas por la Iglesia, incluso asesinadas. Era parte de un cambio de época. Se expandían las rutas comerciales, el mercado copaba nuevos espacios antes sin conquistar, las reformas luteranas corrían una carrera cabeza a cabeza con el humanismo y tantos otros problemas de la edad moderna.

En medio de la discusión entre planos contra redondos, Zacarías, estaba firmemente de acuerdo con los redondos. No podía creer los argumentos sobre tortugas gigantes sosteniendo la tierra, encima de otras tortugas gigantes, que sostenían a más tortugas gigantes. Le parecía insólito, inaudito.

Veía los movimientos del sol y le parecían mucho más correctas las tesis copernicanas que lo veían girar, sobre un eje, en torno al sol. Tuvo varias peleas entre sus compañeros de cuadra, cuando se sentaban en la vereda a mirar las estrellas, justo antes de ser llamados por sus mamás para entrar a la casa. Algunos tenían seis o siete años, hasta ocho, y eran férreos y fervientes admiradores de las formas planas de la tierra. Otros hablaban de Dios, como verdaderos religiosos, apoderados, como Juana de Arco, por las ideas que le habían escuchado decir a su madre, a su padre, o al párroco de la Iglesia.

Pero Zacarías no creía en esos mitos y leyendas. No había un Dios para él sobre el cielo. Porque en vez de creer en lo que no podía ver, Zacarías creía en el barro entre los dedos de sus pies, en las caries sobre sus dientes, en el olor de una comida caliente. Se había criado, prácticamente solo, luego de que su padre mercader, desapareciera en el desierto.



Algunos dicen que se lo tragó la arena. Pero la madre de Zacarías siempre dijo que escapó, como escapan siempre los hombres, y terminaba diciendo: “*Me escucho llorar por dentro, aunque por fuera estoy callada.*” Esos sentimientos ocultos, hacían de Zacarías un niño en constante búsqueda de fantasías, que le decía a su mamá, a sus vecinas, a sus amigos, que cuando fuera grande quería ser pintor. Un gran pintor como Leonardo Da Vinci e inventor también.

Zacarías, pese a su corta edad, estaba enterado de las últimas ideas de Copérnico, y de las últimas obras de Da Vinci, sin falta, sin excepción. Era más importante para él, estar actualizado respecto a estos asuntos, que cualquier otra cosa. Más importante que jugar. Más importante que pensar o buscar a un padre perdido entre las arenas. Incluso, más importante que la propia madre que lo criaba.

Adoraba el helicóptero. Había visto unos prototipos sueltos, una especie de dibujos que explicaban el modo en el que giraban y no lo podía creer. Alucinaba con ser

piloto de un helicóptero y volar por los cielos. Estudiaba la mecánica y la reproducía atando dos ramitas y lanzándolas al aire. Quería ser Da Vinci. Adoraba inventar. ¿Y el submarino? ¡No lo podía creer! Un artefacto que podía sumergirse en el agua, evitando la pérdida de la vida de sus viajantes. Eso no suena muy seguro. ¿Y el automóvil? ¡Qué artilugio! Ante los ojos de Zacarías, aquel aparato de cuatro ruedas era todo un suceso.

El clima de la época daba la sensación de que todo podía suceder, de que las épocas más turbias de la humanidad habían quedado atrás, y que comenzaba un nuevo ciclo de expansión, de auge, donde lo maravilloso era un fin en si mismo y lo fantástico, una probabilidad latente.

Pero en algún momento Zacarías abandonó sus esperanzas de ser pintor. Decidió comprometerse, se casó y tuvo una niña a la que llamó Giovanna. Comenzó a trabajar como cuidador del jardín de uno de los fundos en los que caminaba desde que tenía uso de razón.

Trabajar en el jardín, era como pintar para él. Tenía presentes todos los colores de las flores, que mezclaba y combinaba a su antojo, sin que nadie interviniese en sus conceptos. Era muy cauteloso al podar, mantenía siempre al ras cada rama, cada hoja.

La mujer a la que desposó, trabajaba como cocinera en la misma casa. Fue feliz, durante unos largos años de su vida, sintiéndose el padre que nunca tuvo, estando presente para Giovanna. Hasta que el déspota del monarca, tensó las cuerdas del estado absolutista, y le quitó a su único amor y a su única hija, llevándoselas para siempre.

Nunca pudo preguntar a dónde se las llevó. El solo hecho de interrogar a alguien respecto al tema, podía causarle la muerte. No supo si las mataron. Si las dejaron perderse en el desierto, al igual que a su padre, o si el monarca simplemente se las quedó para sí mismo. A veces, se las imaginaba trabajando para él, obligadas, en cadenas, y otras veces, se las imaginaba vagando por los médanos, con los ojos llenos de

lágrimas, clamando su nombre. Siguió cortando las ramas del jardín, añorando que volvieran sus dos flores más queridas, pero las primaveras pasaron y Zacarías envejeció entre las hojas. Siguió preguntándose: “¿*Dónde están?*”, hasta el final de sus días.

Ya de viejo, grande, muy grande, cuando sus manos arrugadas apenas podían sostener un pincel, volvió a pintar y a sentirse un Leonardo. Y en sus pinturas solo aparecían dos rostros, el de su amor y su hija. Una y otra vez, aturdido como por una maldición, volvió a pintarlas en el lienzo, usando todo tipo de colores y gradaciones, con fondos algunas veces desérticos, otras veces de encierro. Las pintó en la arena. Las pintó en habitaciones vacías. Las pintó intentando ser lo más realista posible, totalmente sujeto a sus formas precisas. Las pintó solas y acompañadas. Las pintó hasta que sus manos ya no pudieron pintarlas, hasta que sus ojos se cerraron y ya no pudo verlas en sus recuerdos.

## - 9 -

Nadie descubrió nada. Llegaron en barcos, repletos de alcohol, violaron mujeres, saquearon el territorio, asesinaron a mansalva. Ni 12 de Octubre. Ni 1492. Ni Cristóbal Colón. Ni América: Saqueo. Saqueo. Y más saqueo. Explotación. Avance imperialista. Apropiación. Muchos quienes se hacían llamar a si mismos, “los conquistadores”, vinieron a llevarse hasta la yuca cruda que encontraron bajo la tierra, y los mató.

Acumulación capitalista creciente. El desarrollo de las fuerzas productivas y sus choques, sus contradicciones cada vez más exacerbadas entre burgueses y proletarios.

Y el paso de los siglos. 1.500. 1.600. 1.700. 1.800. 1.900. Siglos que pasaron, uno encima del otro. Procesos Independentistas. Vueltas y ajustes de la necesidad histórica. Mujeres atadas de pies y de manos. Mujeres lobotomizadas.

Y Revoluciones. Toneladas de revoluciones. La Doble Revolución Industrial. La Revolución Francesa. La Revolución Rusa con los soviets. La Revolución Cubana. La Revolución Mexicana. Los procesos revolucionarios en todos los continentes. El rol de la mujer trabajadora, en los cuidados, y su emergencia, junto a la disidencia y a las voces contra la opresión.

Han narrado la historia humana, desde la óptica de muchos hombres, algunas mujeres, pocas disidencias y algún que otro animal. Pero apenas puedo creer que no me hayan dado el espacio de narrar, considerando la importancia de mi papel, desde el inicio de todos los tiempos: El espiral de la historia.

SPIRAL  
LESPIRASPIRAL  
RAESPIRAL  
RAESPIRAL

[www.danahartescritora.com](http://www.danahartescritora.com)